

La Casa del Señor

Recuerdos de una aventura espiritual

En los años sesenta, y sin que casi nadie del pueblo se enterara, se desarrolló en Lucena una forma distinta de entender la Iglesia, después de tantas décadas de devociones tradicionales. No llegamos a cien las personas que participamos en este cambio, pero a todos nos dejó un recuerdo que a muchos aún nos dura con toda su viveza. Fue un soplo de vida, de ilusión por vivir mejor la fe y la preocupación por los demás.

Todo comenzó con la aprobación por parte de la Jerarquía de la Iglesia de la llamada Acción Católica Especializada, en la que los jóvenes, en lugar de reunirse sólo por parroquias, lo hacían también según su situación laboral. Así, existía la JOC para el mundo obrero, la JARC para el rural, la JEC para estudiantes y, por último, a la que yo pertencí, la JIC (Juventud Independiente Católica) en la que podíamos pertenecer maestros, oficinistas y comerciales.

Nos reuníamos en la Casa del Señor de la calle de Las Descalzas. Subíamos con miedo sus escaleras desequilibradas, hasta una sala de pavimento de yeso ondulante y resquebrajado, mirando alrededor nuestro con el permanente temor a que se cayera un tabique. Allí, sentados alrededor de la mesa de despacho del cura, en pequeños grupos, estudiábamos cómo aplicar el evangelio en nuestras vidas, siguiendo la metodología de la Revisión de Vida, que constaba de tres pasos: Ver – Juzgar – Actuar. Estudiábamos cualquier hecho de la semana, lo analizábamos a partir del Evangelio, y, por último, intentábamos extraer algún compromiso del análisis efectuado. Acostumbrados a contar avemarías y padrenuestros (nuestras “beaterías”), ese

planteamiento nos resultaba mucho más auténticamente cristiano.

Lo que parecía ser sólo una actividad religiosa nos dio también nueva conciencia política, gracias a un detalle que al Régimen de Franco se le había escapado, y es que las publicaciones de la Iglesia, en virtud el Concordato, no estaban sometidas a la censura. Así, las revistas de la JIC nos hablaban de sindicatos, de la cogestión en las empresas y los convenios colectivos. Por su parte, el semanario “Signo” de la Acción Católica constituyó una escuela de periodistas que luego se hicieron famosos, y que escribían de política con más libertad que los de la prensa diaria. Aprendimos mucho, y, lo que es más importante, fuimos cambiando nuestra mirada sobre la realidad española.

Cuando la Casa del Señor se mostró realmente amenazante, nos trasladamos al local que la Sociedad Excursionista había tenido en la Calle de San Pedro, cerca de San Agustín. Con nuestras parcas economías de estudiantes pagábamos el alquiler, y el resto fue cosa de trabajo personal, mucho escobín, brocha y pintura, sillas prestadas y un brasero eléctrico muy pequeñito en medio de la sala. Allí la gente descubrió que el amor al prójimo consistía en involucrarse en la realidad, y no sólo en los rezos y devociones. Hasta dos seminaristas cambiaron, de forma definitiva, la forma de vivir su próximo sacerdocio.

Sólo teníamos veinte años. Tuvimos que construir nuestra vida profesional, hacer la mili, formar pareja, el emigrar para muchos, y la Universidad o las oposiciones para otros. La JIC no duró más de tres años. En el año 1964 se fueron apagando los grupos, se marcharon los líderes, y recuerdo haber tenido que pagar yo el alquiler con mi propio dinero hasta que vi que era mejor desistir.

Me fui a la mili, y a la vuelta ya no quedaba nada. La JOC fue mucho más longeva, y las otras no tuvieron mucha implantación en Lucena, pero el espíritu siguió.

Vino el Concilio, nuevos curas y nueva conciencia social. Descubrimos la posibilidad de vivir la fe en comunidad. Recuerdo haber participado en misas celebradas en casas, entrañables y en libertad, pero en las que siempre vigilaba alguien la puerta, pues en unos años en los que grupos de cinco personas se consideraban “manifestación no autorizada”, esas misas eran clandestinas. Fueron tiempos de confusión, pero salimos de ellos con una gran ilusión por un mundo mejor. Y como expresé en el primer párrafo, como éramos pocos y nos fuimos después casi todos de Lucena, la gente del pueblo ni se enteró de nuestra aventura espiritual, pero, con nuestros fallos y limitaciones, nos cambió para siempre nuestra actitud hacia el prójimo.